
EN TORNO A «PERSPECTIVA SOCIOLOGICA DE LA VEJEZ»

«*Melius est dictare quam philosophare.*»

SANTO TOMÁS DE AQUINO

José Antonio Nieto Piñerova

Estas notas quieren ser respuesta (no contestación) al artículo «Perspectiva Sociológica de la Vejez», de Rodríguez Ibáñez (*REIS*, julio-septiembre 1979). Desde aquí queremos saludar dicho artículo por su carácter rompedor de lo sociológicamente inane. Más adelante explicamos qué entendemos, en el sentido dado, por inane. Aclarada la motivación, se aprovechan las líneas, para apuntar, y solamente apuntar (no hay ninguna otra pretensión), al «hilo», la(s) dirección(es) de la investigación antropológica más reciente en relación con el preocupante ámbito de la vejez. Pera ello se facilitan algunos nombres de autores y libros. Al paio se hacen algunos comentarios y consideraciones.

«Mi mujer se está quedando ciega; en conjunto se alegra de ello. No hay nadie que merezca la pena ser visto. Dice que tiene la esperanza de quedarse también sorda, ya que no hay nada que merezca la pena oírse. Lo mejor de la vejez es que se está próximo a este fin.» Con estas apocalípticas y desesperanzadas frases, Strindberg, el Strindberg autobiográfico de *El cuarto Rojo* y las rousseaunianas *Utopías realizadas*, de la desencajada piraeta psicológica *Infierno* y de la no menos desenfrenada *La confesión de un loco*, quiere recoger el flaqueante pulso de quien antes fue primavera, mucho antes siembra y en el momento de la descripción era fiel representación del verti-

ginoso desgaste biológico. Claro que en aquellas frases de Augusto Strindberg se ilumina algo más que la fotografía en «movimiento» de su mujer (todo el proceso interactivo persona-medio ambiente, y la relación interinfluyente individuo-cultura, por ejemplo), pero eso es otra cuestión que sobrepasa las intenciones pretendidas en estas notas.

La vejez, la ancianidad, la senescencia, la tercera edad, la senectud, la *senority*, según el grado de información o cursilería desplegada en el discurso, son apelativos, que con independencia del tono de angustia connotado, suelen emplearse con excesiva frivolidad. (Nos referimos a la frivolidad maligna, no a la exultante y agasajadora.) La frivolidad del «desparpajo» que olvida conscientemente las bases donde se mueve.

En España, la vejez, sin frivolidad, como tema de estudio sociológicamente entendido, es un desierto: desierto gerontológico. El artículo de Rodríguez Ibáñez, de una lista bibliográfica de 33 autores, solamente cita a un español: López-Cepero. *Los viejos*, de López-Cepero, es la única muestra de esa escuálida representación sociológica, de un tema que trata algo tan inquietante, agobiante e ineludible. Su publicación es de 1977.

A pesar del reiterativo y, a veces, aberrante «machaqueo» de los *media*, cada vez que refiriéndose a la vejez usan esa expresión ñoña y ocultante de «tercera edad», el mundo sociológico calla. En su silencio pierde una oportunidad de investigación más que un combate. La pretendida neutralización y asepsia de los *media*, al esconder la expresión, para ellos, más envenenada e insalubre, más directa y concomitante, no consigue erradicar, ni siquiera mermar, los avatares que en toda su extensión y magnitud la vejez lleva consigo. Expresada de una u otra forma la problemática concerniente ni desaparece, ni se arrincona. En el caso de la vejez «el hábito sí hace al monje».

Si desolador es el panorama sociológico más espantable es el panorama que presenta el campo de la antropología española. La recensión bibliográfica de Joan Prat (*Ethnica*, núm. 13, Barcelona, 1977), el más completo inventario bibliográfico de antropología hecho en, o sobre, España, no recoge ni un solo título de artículo o libro enfascado en el estudio y comprensión de la vejez. Hay que resaltar que son muchos los títulos allí registrados. Al consultar «Una aproximación a la bibliografía antropológica sobre España» se observa que solamente existe una alusión, y tangencial, a la vejez. Esto en el caso de que no se trate de un error tipográfico (desconocemos el artículo a que a continuación vamos a referirnos). Efectivamente, bajo las firmas de Dolores Comas y Juan José Pujadas, y cronológicamente situado en la C, es decir, en Comas, aparece «Emigración y *envejecimiento* vegetativo» (XIII FEMAARC 74, Barbastro); sin embargo, en el apartado que corresponde a la P, es decir, bajo la firma de Pujadas, aparece «Emigración y *crecimiento* vegetativo» (XIII FEMAARC 74, Barcelona). (Curiosamente los nombres de los autores en esta ocasión se presentan en catalán: Pujadas, Joan Josep, y Comas, Dolors; a diferencia de su presentación anterior en

castellano.) Estimamos que se trata del mismo artículo, por siendo *all things equal* envejecimiento y crecimiento se enfrentan distintivamente como nominación.

Por lo demás, a efectos de la penuria antropológica aludida, tanto da que los autores citados estudien el crecimiento o el envejecimiento (en el caso de que sean conceptos diferentes). En España, con la excepción del campo de la medicina, donde la comprensión del fenómeno de la vejez está más trabajado (la edición española, de *La Vie Médicale*, por ejemplo, nos presenta su revista *Geriatría: Patología de la tercera edad*, de la que, a pesar de su obvia inclinación médica, se pueden extraer datos e información de interés sociológico) lo demás es penuria y páramo. El profesional de las ciencias socioantropológicas, o investiga y crea sus propias fuentes, o tendrá, poco menos, que contentarse con los nombres de la doctora Aslan, Gerovital-H3 y Aslanvital-H3.

Ojalá que el artículo de Rodríguez Ibáñez sirva para movilizar las respuestas de los profesionales de las ciencias sociales que *Los viejos*, de López-Cepero, desgraciadamente, no consiguió. Acaso la ciencia social, en estos momentos, esté más sensibilizada que cuando López-Cepero «coció» su obra. Acaso esté más saturada de otros temas que anteriormente eran de prioritario interés. Cualesquiera que sean las razones no estaría de más que los científicos sociales empezasen a fijarse sistemáticamente en la vejez y en los viejos, en esos despojos humanos en el decir de Antonio Gala.

Aprovechando los principios que la mueven, quiero destacar —en tanto no tengamos con nosotros algo parecido— que la *Association for Anthropology (AAGE)*, es una organización de científicos sociales que investigan en este sector; de sus actividades pueden extraerse —sobre todo los «descarriados»— recomendables orientaciones. A través de su más reciente boletín (Invierno 1980) observamos que el acercamiento y clasificación por áreas, tradicionalmente seguido —biológico, social, cultural— en este tipo de investigaciones, ha sufrido una ligera variación. Ha quedado establecido de la siguiente manera: 1) Investigación sociocultural. 2) Investigación aplicada. 3) Investigación médica, a su vez, dividida en A) Investigación sociocultural y B) Investigación biológica. A través de la lectura del boletín se pueden conocer las más recientes investigaciones en cualquiera de los sectores anteriormente mencionados.

Siguiendo criterios de interés estrictamente personales, para dar una idea de lo que en estos momentos se trabaja, sin hacer una presentación exhaustiva, y sin caer en una falsa erudición, señalaré ilustrativamente algunos libros y autores: 1) Investigación sociocultural: Pamela T. Amoss y S. Harrell, *Other Ways of Growing Old: Anthropological Perspectives on Aging* (en prensa); Christine Fry (ed.), *Aging in Culture and Society: Comparative Viewpoints and Strategies* (en prensa); Masako M. Osako, *Bibliography: Rural Elderly in Developing Nations* (1979). 2) Investigación aplicada: Gay

Becker, *Growing old in Silence* (en prensa); J. R. Andy y J. Hartog (eds.), *The Anatomy of Loneliness* (1979); J. Kevin Eckert, *The Unseen Elderly: A Study of Marginally Subsistant Hotel Dwellers* (en prensa); Barbara G. Myerhoff, *Number our Days* (1979). 3) Investigación médica: A) Sociocultural: Christine Fry (ed.), *Anthropology of Aging* (en prensa); Donald M. Messerschmidt (ed.); *Anthropologists at home* (en prensa); Eleanor Bauwens (ed.), *The Anthropology of Health* (1978). B) Biológica: Seamus P. Metress, C. Kant y E. Metress, *Aging and Health: a Biologic and Sociological Perspective* (1978); S. Metress y C. Kant, *Nutritional Aging* (1979); F. J. Berg-horn y D. E. Schafer (eds.), *Dynamics of Aging* (en prensa).

La vejez es el penúltimo paso del humano en su recorrido terrenal o, con tintes más dramáticos, si se quiere, la antesala del adiós vital. La sociedad industrial conoce, pero no reconoce, tal aserto. Su culto al productivismo se lo impide. La mercancía está por encima del hombre. La construcción de residencias de ancianos, más que excepciones de la regla, representan la cara difamatoria del monstruo sin careta. Lo escondido al relucir es más purulento que lo descaradamente descubierto. Las comunidades de ancianos, las residencias que les hacían —alcanzables, por lo demás, para unos pocos—, son exclusivamente la materialización de las firmas justificativas de las normas burocrática-presupuestarias. Son *ghettos* consentidos. Las antípodas de las cabañas que los trobriandeses construyen a sus viejos. No puede ser de otra manera. El productivismo requiere de «manos vivas» y lógicamente desecha las productivamente muertas de los ancianos. Al no serle rentables les abandona a su suerte. La caridad y las propinas compensadoras tienen más de humillación e insulto que de ayuda real. Qué lejos están las sociedades industriales, de las agrupaciones de edad, y de las ceremonias que conllevan, de los pokot, por ejemplo. Reproduzcamos, para basar lo dicho, a Bernardi, cuando presenta las sociedades descentralizadas de los nilo-hamitas. «El sistema de edad proporciona el método para organizar toda forma de actividad corporativo-social, militar, jurídico y ceremonial»¹. He ahí la estructura básica del sistema político de los nilo-hamitas. Pero, claro, como el mismo Bernardi nos dice, las sociedades nilo-hamitas «no tienen jefe o ninguna otra organización centralizada de control del Estado»².

Ya sé que el argumento puede ser invertido por manos díscolas, traductoras de pensamientos, aún más díscolas, occidentales, occidentalistas u occidentalizados. Nada más fácil para éstos que acudir al contra-ejemplo: el senicidio, inmediato o diferido, practicado en algunas sociedades primitivas. No será éste el lugar de discusión para establecer las diferencias entre el abandono del anciano de la sociedad industrial y el senicidio de la sociedad pri-

¹ B. BERNARDI, "El sistema de edad de los pueblos nilo-hamíticos. Una valoración crítica", en *Antropología Política*, compilador J. R. Llobera, Ed. Anagrama, 1979, pág. 236.

² *Op. cit.*, pág. 237.

mitiva. Sólo me gustaría subrayar que las coincidencias —por otro lado, no aceptadas, ni mucho menos, unánimemente— entre estos dos tipos de sociedad, en lo que podía llamarse «desprecio al anciano» son sólo aparentes. Contentémonos, con saber, que en las sociedades industriales se da el engaño conducente al *impasse* y en las primitivas la preparación del desenlace canalizado y esperado. Distinción: De la ideología como escamoteo a la ideología como inserción social. Eike-Henner W. Kluge, sin entrar en exposiciones societa-rias comparativas, elabora una serie de argumentos, positivos y negativos, acerca del senicidio. En antropología, que nosotros sepamos, está por hacer, una elaboración como la llevada a cabo por Kluge.

Los biólogos están convencidos de que la vejez puede ser tratada, e incluso prevenida, de la misma forma que una lesión cardiovascular o cualquier otra enfermedad. El problema radica en controlar el proceso de desarrollo-deterioro celular. Si las células lograsen mantenerse activamente jóvenes, si los biólogos lograsen someter bajo su control a la célula, el problema del envejecimiento estaría solucionado. Algunos gerontólogos llegan a manifestarse así: «El único límite absoluto de la vida, resultante del deterioro genético por efecto de las radiaciones ionizantes, se situaría por encima de los dos mil años de edad. Poco importa aquí la cifra. Lo importante es que la lucha contra la muerte genética permitiría una importante prolongación de la vida»³. Paralelamente Gilbert Lecrec ha manifestado ante la Asociación Internacional de las Universidades de la Tercera Edad el convencimiento de que el cerebro del viejo es tan capaz como el del joven. Para Lecrec la pérdida de memoria del anciano radica en la oxidación que produce la escasez de *mental training*. No rendirse a la pasividad cerebral y sobre todo ejercitar el almacenaje neuronal, que mantenemos infrautilizado, supondría vencer la inercia generalizada, que entiende la función cerebral-intelectual del anciano por debajo de la del joven.

Poblacionalmente hablando, en el año 2000, con respecto al de 1970, habrá el doble de personas por encima de los sesenta años, según se desprende de las cifras de la IX Conferencia Mundial de Gerontología Social. Esta misma conferencia estimó también, para el año 2000, en 580 millones el número de personas que sobrepasarán la barrera de los sesenta. Para Jacques Waynberg, Francia, en el año 2000, será un país de jubilados.

A las técnicas de *marketing* no se les pasarán inadvertidas las conclusiones de los biólogos y demógrafos, y no es difícil vaticinar cómo intentarán absorber el potencial e incremento de la población anciana para beneficio propio. El consumismo manda. La pantalla televisiva nos inundará con imágenes, sanas y sonrientes, de jubilados. El *small is beautiful*, el *fat is beautiful*, pueden ser fácilmente convertidos en un *be old is beautiful*. Defensa espúrea de la vejez, astronómicamente ignorante de los sanos principios que guiaron

³ E. MORIN, *El hombre y la muerte*, Ed. Kairós, 1974, pág. 366.

los razonamientos de Cicerón. El salto consumista se producirá posiblemente siguiendo unas líneas parecidas a las siguientes: De la comunidad de ancianos como «ghetto», a la comunidad de ancianos como ejemplo. De la acuidad achacosa y dolorosa a la sonrisa meliflua.

Claro está que, siguiendo dentro del terreno de lo vaticinable, esta trayectoria puede presentarnos, una vez más, el clásico Jano. Por un lado, lo exportable, lo centrífugo, lo vendible. Por el otro, lo inalcanzable, lo centrípeto, lo incomprable. De la misma forma que el señuelo comercial de la rubia doradamente despampanante y el coche reluciente no son accesibles a todos los jóvenes, de la misma manera es previsible que sólo unos pocos ancianos siluetarán el magnánimo modelo que comercialmente les presentan. Queda por ver si lo que los americanos vienen en llamar *senior power* o la contracultura de la ancianidad de Koller, se materializará en algo más concreto, real, crítico y vivo. Mi experiencia personal en las visitas informales que hice a algunas comunidades de ancianos de Nueva York, así como las múltiples conversaciones y entrevistas en profundidad, que he venido manteniendo con tantos ancianos en mi continuo recorrer por los pueblos y aldeas españolas, me tientan a pensar que los ancianos constituyen una población malhumorada y descontenta por la desatención y desprotección en que les tienen las instancias de poder. Desearíamos que la Federación Internacional de Asociaciones de la Tercera Edad, recientemente fundada en Francia, cuyos objetivos marcan sustancialmente favorecer y mejorar las condiciones de vida de los viejos, introduzca realmente las correcciones necesarias en ese estrato poblacional, y no constituya una nueva declaración de principios incumplida, tónica oficial ininterrumpida.

Quisiéramos terminar estas notas con un contraste informativo y con un punto final festivo. El 18 de julio de 1980, una reseña de prensa indicaba que a un anciano en Santander le habían seccionado el pene (son muchos los salvajismos parecidos con que nos informan las agencias); en octubre, por radio, saltaba la noticia de que una pareja, de 120 años ella y 105 años él, habían ganado un concurso de baile en la República Dominicana. La primera noticia empequeñece lo relatado en el *Diario de la guerra del cerdo*, de Bioy Casares. La segunda es el optimismo bailando. Es la fiesta.

CRITICA DE LIBROS